

2077



5/10/74

2077

Latitud Sur
revista de literatura
número uno - año uno

samuel beckett selva márquez alberto mediza
ruben kanalenstein heiena plaza noblio cristina
peri rossi maria inés silva vito miguel padilla

2077

latitud sur - revista de literatura

poesía teatro novela cuento ensayo



julio 1967

número uno

Latitud Sur

revista de literatura

director responsable: miguel padilla
redactores: cristina peri rossi
enrique fierro
alberto mediza

• toda correspondencia, deberá dirigirse a: 26 de marzo 3325 bis
ap. 2 - montevideo - uruguay.
no se devuelven originales.

PRECIOS: Uruguay, \$ 70.00 - Exterior, U\$S 1.00.

poesía

- 5 alberto mediza poemas
- 18 samuel beckett poemas 38-39
- 26 selva márquez poemas
- 29 miguel padilla fotodrama reconstruido

prosa

- 3 a modo de presentación
- 7 maría inés silva vila conspirador en general
- 13 ruben kanalestein cuentos
- 22 helena plaza noblía poltergeist
- 31 cristina peri rossi federico o las muecas

a modo de presentación

"Vendrán otros horribles trabajadores, y comenzarán por los horizontes en que otros han caído".

RIMBAUD

Iban ya como doce o trece veces que nos reuníamos en el apartamento, mirábamos el mismo retrato de Casal, la serie de fotografías de Ortiz Saralegui de pie, sentado, de perfil, de espaldas, saludando, conversando con Juan Ramón, con Juana, con Neruda, mirábamos por el gran ventanal la calle Massini, el poco tránsito; Teresa Vázquez nos apremiaba ("Hay que decidirse", decía, a la media hora de haber logrado reunirnos, teléfono, teléfono, teléfono mediante), cuando ya, desesperada, veía que la conversación de Fierro se iba, derivaba hacia la misma ventana, y desde allí, quién sabe adonde, y que Padilla miraba el reloj, porque, otra vez, se le hacía tarde. A veces conseguíamos que Fierro llegara solamente dos horas tarde, o que, al fin, leyera el décimonoveno manifiesto elaborado por el Sr. Director. Otras veces, sólo podía padecerse el verano, la agitación, o la angustia económica: Yo no tenía dinero para comprarle el rollo a la cámara fotográfica con la que, naturalmente, tomaría las fotografías que usaría en mi libro, Enrique no tenía ni para el ómnibus, ni para la nafta de la motoneta. (Padilla no cuenta porque es bancario. Acá, todos los días, se hacía lugar a una larga serie de imprecaciones, por parte de Fierro y mía, que en el fondo no eran más que un largo llanto a destiempo por haber preferido, durante la delirante adolescencia, las letras a los números, una desvencijada tarima del liceo a la oficina, la literatura (¿?) a la especulación). "Yo no puedo firmar esto" —decía, al final Fierro, molesto por el calor, por la ausencia de dinero, por el manifiesto que no salía, por el que había sido redactado, por el liceo, por los números, por la guerra del Viet-Nam.

Teresa Vázquez rezongaba: "Así no se puede hacer nada. Yo dele y dele copiar manuscritos, y ustedes, todavía revisando el principio". "A mí lo que me importa es la guerra del Viet-Nam", dijo, una vez más, Fierro. "A mí también" dije yo. Padilla coincidió. Y entonces, ¿el problema de las generaciones? ¿Y la literatura "nueva"? ¿Y la poesía apocalíptica? ¿Y la cinética? ¿Y la influencia de la nueva novela? ¿Y la literatura urbana? "Yo estaría de acuerdo, por ejemplo, en dedicar un número entero al Viet-Nam" (Fierro). ¡Luz! ¡Acción! ¡Cámara! ¿Existe la nueva literatura? ¿Quiénes somos? ¿A quiénes representamos? ¿Quiénes nos conocen? ¿Cuánto importamos? La melancolía me venía de viejas lecturas y de algunos versos mal memorizados, pero ya sabía por qué ("vos que sos la prosista de la revista") no podía decir nada en un manifiesto, que no fuera parcialmente falso, encubridor, forzado, fantasmal y deliberado: hasta es inútil admitir qué inútil es la lengua escrita, la erudición, la toma de conciencia, la poesía cinética, cuando nos detenemos a mirar una fotografía cualquiera de quienes no son como nosotros, viven otras muertes, se van despellejando por los días y desaparecen por grupos, a racimos, sin conocer el dulce nombre de Laura o de Petrarca. Sin conocer, mucho menos, lo que nosotros hacemos, uno a uno, intentando trepar sobre los otros; muriéndonos de tantas muertes individuales.

Así, simplemente, descubriase la mayor coincidencia, la clave urdidora, el eslabón que nos reunía: delante de algunos acontecimientos, de dolores tan prolongados, la mera enunciación de otra cosa, el asomo de otra realidad debe callar, hundirse en el pudor. Un pudor que nos borre, que no nos permita siquiera la inmodestia de hablar en favor del dolor.

Vale, pues, la cita de Rimbaud para un pueblo entero que horriblemente la ejecuta día a día, y para nosotros que la transcribimos, seguros también de que otros enardecidos o pálidos jinetes vendrán a sustituirnos a su hora, y a empezar, sobre nosotros, entre nosotros, después de nosotros; ellos quizás sepan entonces qué es la literatura, cuál su importancia, su función, si debe o no ser social, si mero juego o fantasía diletante, o bastimento.

C. P. R.

alberto mediza

hermoso juego de bestias

Hermoso juego de bestias, la indiferencia.

Amo tus piernas. Por las noches tu lengua me
y mis ojos sólo cuentan [rodea
para entrar en tu cuerpo y devorarlo.

Si tus huesos son tan tibios como [la piel
que hoy acaricio,
me pasaré todo el invierno
trepándome por ellos.
Subiré hasta tus senos y les diré:

“Ah mis hermosos frutos,
vuestros jugos salvajes son la sal de la [tierra”.

amorfidad primaria

Ciudad dolor tristeza en blanco
árbol esqueleto de pie sobre los días calle
resignación círculo ardiente derrumbe del [amor
carnicería pozos de sangre llanto y venci- [miento
túnel desesperanza sudor puertas ventanas
muros impenetrables cristal ojo partido
hombre desorbitado espanto grito
garfio de la razón máquina esperma
esclavo domador ángel dormido
padre hijo mujer hermano amante
carne conjugación tierra y espacio
látigo vengador muerte distancia
sonámbulo cadáver hambre vida

sed

Sed todo devora
hombre perdido formas gestos
risa de los hábitos comunes
secándome la piel
comiéndome los huesos
país
otro país memoria
ni frontera
tierra sólo verde reseca escondían
sueños debajo de la mesa
gargantas
despertar

palabras infestadas
un humo gris muertes lentas
seguras
sobre la noche y por debajo de los días
mundo
tiempo

materia
andando
las ciudades crecían
edificios
madre vientre manos febriles
cabezas rotas
golpes
de no sé qué miseria
ni destino
los amos paraísos sobre un trozo de pan
sudor gusanos

país
otro país memoria
ni frontera
hombre perdido formas gestos
risa de los hábitos comunes
vida
nunca llegada en hora

Alberto Mediza (Cardona, 1942) es, entre los escritores jóvenes, uno de los que han realizado una más amplia y fecunda labor cultural. Crítico y autor teatral, vinculado a la dirección de páginas literarias, adaptador de piezas teatrales, poeta: a través de todas estas actividades se percibe una de las características de su obra: el deseo de una comunicación amplia y fecunda con el público.

Sin embargo, ha publicado un solo libro de poesía: *Descomposición y Otras Señales*, 1967.

Damos aquí algunas muestras de su poesía, no con afán tasativo, sino tratando de mostrar algunos de los caminos por los que el poeta continúa la búsqueda de un lenguaje a la vez variado y personal, capaz de expresar la compleja realidad en que vivimos.

contrapunto

Ciudad desmantelada
de soles y palomas,
tus sólidos gusanos
rozán los altos campanarios
y aspiran en los huesos
soledades plomizas.
Y todo comenzó
—Montevideo Abril 54—,
una mañana de caballos tristes,
de sirenas urgentes, de llantos
y letrinas conjugados
en el verbo esencial de la ternura.
("Y el amor que es tan viejo como el odio,
y el odio
que es tan viejo como el alma").
Hubo de ser la noche
redoble de semáforos
—ombliquo que desangra las tristezas del mun-
do—. ("Y el alma que es tan vieja como el hombre,
12 asesinos detrás de una palabra").
Habrían de encontrarlo en un rincón
abriéndose la frente con sus manos,
—los buitres que giran en órbitas vacías,
cadáver de un reloj—.
Sus aullidos,
se treparon al cielo
para que Dios guiñara
el ojo grande de la muerte.
("Y el hombre que es tan viejo como el mun-
do").
Dejó su corazón sin darse cuenta,
detrás de las columnas
y el humo de las fábricas.
("Y el mundo que es tan viejo como Dios").
No se pudo evitar
que entreabriera los labios y dijera:
("Oh tiempo,
caracol encendido de palabras
que vives en el aire,
si alguna vez me miras y descubres,
no le digas a nadie
que la naturaleza
tiene crueles venganzas.

maría

María,
el país blanco en que vivimos,
tardes, noches,
días que se estiraban como culebras,
meses como lagartos, años
como feroces animales,
ya no existe.
Ha desaparecido
en los terremotos del tiempo
sepultado bajo los escombros de nuestra ínti-
[ma ciudad;
no pudo resistir al incendio.
Vinieron los bomberos
con sus largas mangas,
llenaron de agua las habitaciones,
voltearon puertas, inundaron espejos
donde estaba tu rostro conservado.
Todo fue devorado
y consumido:
las llamas volaron demasiado bajo.
Nada quedó
de nuestro territorio,
talvez,
vastas planicies
donde la mano del hombre ya no sirve.
Oh María, mi muy María,
no olvides tus brújulas y mapas
para este viaje de memorias.
No olvides tus delirios,
no olvides tu corazón
si has de volver
al país blanco,
al país tibio,
al país imposible
que juntos recorrimos un día.

maría inés silva vila

Concurri a la cita provista de mis armas más efectivas contra la previsible timidez que me sobrecogía, era esperable, a los pocos pasos dados sobre el pavimento nuevo de Carrasco, a las primeras inhalaciones de un aire tanto más lento, tanto más calmo, tanto más puro. Quiero decir con esto que me armé de mi cámara fotográfica y de un amenazador block con su lápiz mecánico correspondiente. Al final de la entrevista, —inusitadamente—, debo confesar que la cámara sólo había registrado la doble hilera de álamos que acompañan la entrada del visitante a la casa de María Inés, y el block, el block estaba vacío: la conversación con ella había sido tan natural, tan agradable, tan fluida, que el lápiz, mudo, flotó en el aire siguiendo las hipérbolas del humo azul de los cigarrillos fumados con nerviosismo por mí, con elegancia reposada por María Inés. La cordialidad había nacido espontáneamente, pariente de algunas afinidades indisimulables descubiertas en la conversación que se desarrolló como una corriente, con su ritmo y su color. De mis lecturas, había surgido una escritora vuelta con morosidad, con afán, a un mundo melancólico, flotante entre las penetrantes observaciones psicológicas y las incursiones a un país de fantasía, a un mapa de imaginarias geografías. ("Felicidad y otras tristezas", Arca, 1963.) De esta primera entrevista, recogí la impresión de un ser humano abierto al exterior, que enfrenta la actividad de escribir como una tarea paralela a las demás de viviente, sin especular con su posible trascendencia, sin atribuirle una jerarquía especial en la suma de oficios terrestres: sospecho que un gusto semejante por lo vivo, por todo lo que alienta, le corre por el cuerpo cuidado, encerrado entre líneas que mantienen una estricta relación, le inunda también una sensibilidad atenta, despierta a casi todas las cosas. Es, a una altura de la vida, —de la madurez intelectual— en que sus dotes para la narración corta se han encauzado hacia la obra de gran aliento, de disciplina sostenida, —la novela—, una buena escritora. Ella misma piensa y siente que los ritmos de la prosa corta, los mundos sinópticos, del cuento han dejado paso al universo profundo y diverso de la novela. De su primer intento en el género, —inacabado aún—, ofrecemos este fragmento. Implica un cambio apreciable en el estilo y en la concepción; ingresa el humor, desaparecen los matices líricos, los personajes adquieren solidez, profundidad. Hay un enjuiciamiento de una época y de un modo de vida evocados con ironía, ¿con nostalgia? El lector juzgará las nuevas aproximaciones a la incógnita de existir.

C. P. R.

conspirador en general

(fragmento de novela)

Bernarda, que en los últimos quince años había leudado hasta llegar al doble de su tamaño, como toda buena masa sometida al influjo de un elemento inalterable (no hay mejor levadura que un pensamiento estático; de ahí la facilidad para el engorde que goza todo conservador declarado o en potencia) abrió la puerta del escritorio y quedó clavada en su sitio sin atinar a nada como no fuera seguir mirando lo que sus ojos se negaban a creer. No era animal el que gateaba sino su propio y septuagenario hermano, haciendo de la alfombra colorada un campo de batalla ocupado por las huestes más aplomadas que jamás se viera, porque de soldados de plomo se trataba y por ende, tranquilos ante el peligro; que no era otro que el de derretirse, en caso de que al general le diera por jugar con fuego.

—A sacarse los ponchos que en el otro mundo no hace frío! —dijo el guerrero agachado, sintiéndose un jinete del Apocalipsis, tal vez los cuatro jinetes del Apocalipsis.

A manotazo limpio hizo avanzar la caballería sobre los tiernos infantes que puso en retirada con la punta del ciclópeo sable.

Así empezaba, cada día, la heroica reconquista de entrecasa; porque, aunque nadie lo sabía, su mayor ambición era recuperarle a la patria las Misiones; y los madrugones, la gimnasia en ropas menores y las largas marchas por la vía del ferrocarril no eran capricho sino concienzudo entrenamiento para que la oportunidad no lo encontrara malparado, con las articulaciones más duras que engranaje sin aceitar.

También se había preocupado por mantener en actividad su espíritu castrense nutriéndose de las sabias enseñanzas de la historia, oteando en los horizontes más antiguos las banderillas del poder, que a tal punto le sabían a gloria que no le dejaban ver lo que habían lastimado. Podía gemir la bestia abajo todo lo que quisiera; el general seguiría cantando la Marsellesa durante sus abluciones matinales.

De la misma manera había entonado la canción marcial camino del destierro, muchos años antes, en el treinta y tres.

El golpe de Estado le había hecho el efecto de un bofetón; no en el primer momento,

sino después. Verdad es que la noticia lo había ilusionado; aquello era la piedra del escándalo, podía ser el comienzo de una nueva épica. Hasta llegó a limpiar sus armas y a aprontar un maletín con su ajuar de beligerante. El poncho que blandiera en la revolución de 1904 quedó sobre la cama y fueron muchas las noches que se tapó con él sin desvestirse; aún acostado el general estaba en pie de guerra.

Esperaba un llamado, no sabía de quién, de los unos o de los otros, pero no vino.

Después de unos días de tensión, Salto fue cayendo en la calma. Aquello era más de lo que Martín Saavedra podía soportar y en un amanecer de abril abandonó la casa y el pueblo, emponchado y armado hasta los dientes, un susto para la gente del vagón que se preguntaba de dónde había salido, hasta que se tranquilizaron con los ronquidos creyendo que dormía, cuando en realidad cabalgaba hacia el sur, sobre un caballo blanco, pues jamás campaña libertadora alguna se ha emprendido en ferrocarril.

El general estaba decidido: Terra no lo necesitaba, los desterrados, sí. Con las palabras del himno, sus voces interiores amenazaban sin cesar: "tiranos, temblad", mientras él avanzaba impertérrito sobre Montevideo, aunque, claro, su verdadera meta era la Isla de Flores y el rescate de prisioneros.

Llegado a la capital acampó en las afueras y se dispuso a dormir al sereno, no sin antes declarar oficialmente sitiada aquella plaza.

A la mañana siguiente se le hizo el despertar como un buen sueño, porque no bien incorporado avizó al emisario que se acercaba, tan vencido, que ya de lejos venía anunciando la rendición del déspota. Traía algo a la rastra el personero y era de todo ver que no podía ser otra cosa que la llave de la ciudad, de la cual, sin lugar a dudas, le haría entrega. Preparóse, dominador, para la ceremonia. Pero a su vez el mensajero, al verlo, se detuvo y levantó lo que venía pesándole. Y así quedó: con la guadaña destellando al primer sol y tan fiero como la muerte, aunque no tanto como el propio general, que seguía pertrechado y de tan mal talante que el pobre

paisano, asegurando su defensa con la diestra, se persignó de apuro con la izquierda y fue retrocediendo a campo abierto y después giró y huyó, chaplinescamente, hasta perderse en lontananza.

Vuelto a la soledad, el sitiador, resolvió que lo acertado era seguir a la espera de noticias y si bien no las tuvo del enemigo, le fueron llegando de su estómago; y cada vez más acuciantes, pues el hambre no exime a los valientes; visto lo cual, cayó en la cuenta de que en nada resentiría su empresa, salir en busca de sustento, ya habrían de dar con él en cualquier parte.

Empezó a andar y como estaba debilitado por falta de alimento, por más que se tratara del patrio y querido suelo, caminó a disgusto, añorando en la flora exuberancias tropicales y envidiando a alguna que otra vaca suburbana que pastaba a sus anchas, masticando grama.

Recién con el despunte de las primeras calles renació la esperanza. Apenas se había internado en una, cuando ya estaba tropezando con el almacén de sus suspiros; pero como llevara sus dineros muy trabados en cinturón pegado a las costillas, tuvo que conversar al dependiente pidiéndole extravagancias que lo obligaran a volverse y buscar y rebuscar en los estantes, mientras él, con cuidado, bajaba del mostrador un queso hasta el suelo y lo ponía a rodar hacia la calle.

—Qué fue eso? —preguntó el almacenero alertando por la rotación.

—Ratas! —vociferó Martín—. Qué clase de almacén es este!— y se ingenió de inmediato para dejar sus compras en veremos y ganar la puerta todavía furioso, justo a tiempo para ver al muchachito que le robaba el queso. Demás está decir que lo corrió y que dándole alcance, con brusquedad recuperó su almuerzo.

A todo esto, advirtiendo que el almacenero se le venía encima dando gritos, puso pies en polvorosa y doblando la esquina aprovechó el alivio para esconderse en una casa en demolición, silenciando el jadeo.

Apenas tranquilizado, tomó el queso de bola con ambas manos, como si fuera a adivinar el porvenir, y acometió contra él sin hacerle asco a la cáscara, cómodamente entronizado sobre el más reconocible escombros de una vieja letrina.

Una vez saciada el hambre y después de hacerse una siestita, procedió a rebuscarse, entre las ropas, el dinero para el tranvía.

Ya anocheaba cuando llegó al hotelucho, en la zona portuaria. Allí se instaló y allí pasó,

sin duda, las horas más largas de su vida, porque la prudencia le impedía salir de día y antes de animársele a la oscuridad, espiaba primero por la ventana de su cuarto y después desde el zaguán.

Su primer salida fue tranquila. Demasiado tranquila. No había nadie por las calles y eso lo hizo sospechar de que estaban puestos en aviso de su llegada y dispersados para inducirlo al engaño de que todo estaba en calma.

La segunda noche, en cambio, hubo de andar hacinédole escaramuzas a las sombras que se le pegaban y volvían a alejarse y avanzaban de nuevo; por momentos le pareció que querían someterlo a un disimulado cacheo, que él se apresuraba a esquivar.

Oyó murmullos, creyó advertir que lo llamaban con fingido afecto.

Cuando ya estaba por llegar de vuelta al hotel y a la luz vaga de un farol, le salió al cruce una muchacha.

—Vamos, viejito?

—Déjeme pasar, carajo! —se enojó el general, continuando su camino.

Lo que más lo indignaba era pensar que lo habían tomado por estúpido; que por un momento se les hubiera pasado por la cabeza que él iba a caer en una trampa tan burda. No se necesitaba ser muy sagaz para darse cuenta que "esa" también era de la policía secreta. "Sirenas a mí!", "Sirenas a este viejo lince!", pensó, y se durmió orgulloso de sí mismo.

Al otro día, sin embargo, empezaron a atacarlo ciertas dudas sobre su conducta de la víspera. Descontaba que había actuado astutamente al no aceptar la viperina invitación, pero comprobaba con tristeza que de alguna manera se había apartado de los caminos de la grandeza, que exigen ser recorridos hasta el final.

Esa noche salió decidido a todo. Tomó una calle diferente, que no había recorrido hasta entonces. Montevideo se ofrecía cambiado, desde sus épocas de la Academia. Era una ciudad desconocida, o tal vez, simplemente la había borrado de su memoria. Nunca se permitió simpatizar demasiado con la capital: era salteño de pura cepa.

Pasó frente a algunos bares y sintió que lo vigilaban desde adentro, que toda esa gente metida en los infectos retretes hacían como que seguían en lo suyo sin sacarle el ojo de encima.

De pronto se encontró en el puerto. Tres días había tardado en encontrarlo a pesar de estar tan cerca, pero hubiera sido imprudente andar preguntando; por otra parte, siempre se había tenido fe en materia de orientación.

Caminó un rato por el muelle, costeando los grandes barcos, entre las grúas que se levantaban como los brazos de las horcas.

Fue esa misma fecha —su tercer día de conspirador independiente— cuando pudo negociar su viaje. Ya a punto de abandonar el puerto, encontró al hombre y luego de exponer con ardor sus libertadoras intenciones, y previo pago, ahí nomás quedó cerrado el negocio y sellado su destino.

Agradecido el general con aquel valiente que así se empeñaba en acompañarlo en su temeridad, se sintió obligado a presentarse.

—Mi nombre es Martín Saavedra Saavedra. De los Saavedra, de Salto.

—Yo; Juan Pérez. Fijese!!!

—Entonces, para mañana?

—Ya es hoy: cuando salga el sol.

—Puedo llegarme al hotel?

—Duerma un rato, si quiere. Todavía no son las dos.

Las calles estaban más oscuras. Sólo los cafetines aparecían encendidos como pequeños escenarios de teatro.

—No quieres entrar, morocho?

Iba a seguir de largo, pero se volvió. La mujer se recostaba contra la hoja cerrada de la puerta; la otra estaba entornada y dejaba pasar la luz de adentro sobre la gran cabeza rubia. No tenía alternativa. "Por la patria", pensó, y entró al corredor largo y descascarado. Las botas de campaña se le pegaban contra las baldosas que manaban agua. No podía separar los ojos del enorme globo empolvado, hecho de bucles y algún rizo en la nuca. La cabeza de María Antonieta, su mismo perfume.

—Ponete cómodo —dijo ella con voz ronca, mientras empezaba a desvestirse.

El se quedó donde estaba; no iba a desarmarse ahora!

De pronto algo cruzó el aire; la cabeza amarilla cayó sobre la cama. La guillotina!, pensó mirando la peluca. Se volvió hacia la decapitada: era un hombre innegablemente un hombre, porque estaba desnudo.

—En seguida estoy —dijo el traidor y ocultó su oprobio detrás de un biombo.

Aprovechando la ocasión que se le brindaba Martín se acercó a la silla donde el otro había dejado el disfraz y tranquilizado por el ruido del agua que salía del biombo lo revisó todo intrépidamente, hasta los rellenos del corpiño que eran de algodón en rama; y antes de que fuera demasiado tarde se escurrió del cuarto robándose la cartera que aún no pudiera inspeccionar y salió a la calle en menos de lo que canta un gallo, que siempre es más

de lo que tarda un general cuando se da a la fuga.

Durante todo el camino de regreso lo preocupó la misma interrogante: ¿por qué aquel asesino a sueldo tenía que matar desnudo? Ritos fanáticos —terminó contestándose, de puro racionalista.

La cartera fue una desilusión. Sólo contenía dinero, dos billetes, un depilatorio y la fotografía de un levantador de pesas recortada de un diario. Nada que pudiera usarse contra el gobierno. Ni siquiera el dinero, seguro jornal de las infamias. Sus principios le impedían gastarlo aún en favor de causa tan noble como la suya. Por lo cual, antes de embarcarse, se lo entregó a Juan Pérez recomendándole que no bien estuviera de regreso, se ocupara de devolverlo. La dirección se la dio exacta, porque buen cuidado había tenido de anotarla, pero el nombre no pudo decirlo porque no lo sabía. Por más señas le recomendó que buscara una mujer que en realidad era hombre, que con eso bastaba; aunque lo cierto era que era al revés y el otro debía sospecharlo.

—Fijese! —fue todo el comentario de Juan Pérez y se guardó el dinero. Pocos minutos más tarde se habían hecho a la mar.

"Quién lo iba a pensar de semejante hombre!" —se decía el lanchero para sus adentros mirando de reojo a su bragado acompañante.

Martín Saavedra, libertador al fin, se negó a sentarse; desafió las primeras embestidas del Plata todo de pie, sostenido por la grandeza del momento.

Como la situación pedía a gritos que izara una bandera y no tenía, desplegó una camisa que la primera oleada de verdad dejó a media asta y a él, sentado.

Tan pálido estaba cuando desembarcó —empujado por Juan Pérez muy urgido ahora por regresar— que los guardias seguramente lo confundieron con un fantasma y se abstuvieron de hacerle frente. Lo miraron y empezaron a alejarse, haciendo que charlaban y fumaban, despreocupadamente. Tuvo que correr tres ellos dando voces y bamboleándose con el mareo de tierra que le había dado, llegándose a sentir tan mal que se vio forzado a actos de arrojo que no entraban en sus planes, por no ser precisamente de los más enaltecedores. Semejante exorcismo involuntario puso al general fuera de sí, por lo menos en parte, y le dobló el resto en dos, la cabeza colgando sobre la incipiente barriga, abismado en la contemplación de sus propios demonios. Así se mantuvo un rato, disimulando el alivio porque había oído el paso de los guar-

dias que ahora sí, venían cercándolo, presuntamente envalentonados por un percance más propio de hombre que de aparecido.

—No disparen, cipayos, estoy de espaldas... —gimió Martín que, por cabizbajo, estaba quebrado.

—Se está haciendo el loco —dijo alguien.

La expresión lo sublevó e intentó incorporarse, pero un lanzazo de dolor lo dejó atascado, a medio enderezar.

—Ay! —gritó—. Muerto soy y me matan a traición! — y en una especie de zambullida dio con su cuerpo en tierra, las manos en la riñonada...

Muy pronto, la solicitud de los soldados que lo ayudaron a levantarse, lo convenció de que esa vez, por lo menos, el ataque venía de su propio lumbago; pero por más desensoberbecido que estuviera, no bien pudo parar rodeo a sus huesos rechazó todo comendimiento y cerrando los ojos, con los brazos extendidos, dio un paso atrás y se aprestó para el martirio.

—Dónde están las cadenas? —preguntó.

Los soldados, que no eran más que dos, se echaron a reír a grandes carcajadas.

—De qué circo te sacaron?

—Shh... no será un espía que...

—Dónde viste espías con reuma?

—Pobre cachivachel!

Jamás había previsto el general que su cruzada provocara aquel jolgorio. Pero las personalidades fuertes nunca se descolocan.

—Rían nomás, cancerberos! Ni hoy ni nunca podrán reír de haberme visto temblar!

—Qué hacemos? ... Los documentos: tiene?

—Les advierto: sólo acepto la compañía de mis iguales.

—Y quiénes son tus iguales? La isla del Mono queda para el otro lado.

—Los insurrectos! Esos son mis iguales!

—Tiene los papeles en orden y no está requerido. Qué hacemos con él, Figueroa?

—Yo me entrego!

—Tengo una idea; Mario debe estar todase nos quede en la isla. Todavía nos va a meter en un lío.

—Y si le vendo los ojos?

vía. Pero cuidado que no se vaya a escapar y

—Fusilamiento? —se alarmó el prisionero.

Le taparon los ojos con una bufanda.

Avanzó como un sentenciado a muerte, con la respiración de su guía soplándole sobre el costado de la cara.

De pronto, el silencio fue quebrado por un gemido.

—Deiálo en paz —dijo el de adelante— es un infeliz!

—No le hice nada! Está doblado de nuevo, es el lumbago.

—Haga un esfuerzo, viejito, ya estamos llegando.

—El maletín! —se lamentó entreparándose Martín—. Deje el maletín!

Su acompañante lo tranquilizó: —Lo tengo yo. Tome.

—A dónde me llevan? Dígame si es el final? Sí, debe ser... Un cura, carajo! —y volvió a pararse hecho un mártir encapuchado el trapo escocés de la bufanda.

—Un paseito, nomás. Así conoce la isla —y lo empujaron vivamente.

—Mercenarios!

—Ahora salte. Vamos! Salte!

El general tomó impulso, dio un paso en el aire y cayó sentado; sintió que se resbalaba sobre algo frío y escurridizo y que estaba metido dentro de un olor que volteaba.

—Esto si que no se lo regalo —dijo el soldado y le arrancó la bufanda rudamente.

Estaba acostado encima del pescado, en otra buceta igual a la anterior. Los otros dos hablaban con el patrón en la orilla.

Se levantó trabajosamente y buscó en vano un lugar más limpio, trató de hacerse un sitio con las manos, ahuecando un lugar, pero las grandes corvinas lo llenaron de nuevo como si fueran agua. Quedó de pie, sin decir palabra y así siguió, hundido hasta las rodillas en el blanco frío, mientras desamarraban entre las burlas de los guardias que no tenían miras de parar. Entonces, sin inmutarse, el general hizo la venia y no deshizo el saludo hasta que se alejaron. Las dos figuras quedaron paralizadas correspondiendo al signo mágico. Parecían dos soldaditos de plomo. Habían caído unos cuantos sobre la alfombra colorada.

Bernarda se hizo a un lado para esquivar la descarga del cañón improvisado por su hermano con fósforos y papel de chocolate.

Martín se había mantenido en posición hasta que la isla de Flores se perdió de vista. Probablemente hubiera seguido así para siempre, pues hacer la venia era su mejor manera de acomodarse en el mundo, si las olas que empujaban a tironear no lo hubieran obligado a agarrarse con ambas manos; no es nada fácil mantener equilibrio a reglamento.

Y aún más venido a menos llegó a estar el general, cuando pescado y pescador, a impulso de una ola, se le cayeron encima, tan mojados que casi lo ahogan con la espuma que traían y que siguió de largo con maletín y todo.

Con lo puesto quedó el general, sin ropa de recambio, calado hasta los huesos y oliendo a

pescado, lo que motivó que entrara a Montevideo como un malhechor y no en carro triunfal como tenía pensado.

Días más tarde, pasada la media noche, llegaba a su casa en Salto procurando no ser visto en tan lamentable estado, pero no bien había traspuesto la cancel cuando ya el aviso de su regreso golpeaba con escándalo las frateras narices. El general volvía escamado de pies a cabeza y saturando el aire con sus auras de fruto de mar.

—Por qué no avisaste que venías? —reprochó Ernestina.

Bernarda se mantenía a distancia. Lo miró de arriba a abajo y dijo:

—Voy a prepararte el baño.

—Te hubiéramos esperando —insistió Ernestina, siempre formal cuando no debía serlo.

—Imposible avisar. No me dieron tregua.

—Te persiguieron?

—De Montevideo salí solo —empezó a contar el general como si entrara en trance— pero a medida que me internaba, corría por esos campos la noticia de mis propósitos; se me fueron sumando los paisanos que preferían abandonarlo todo a someterse al yugo de la tiranía —carraspeó—. De todos los puntos del territorio fueron llegando las familias buscando nuestra protección y haciendo la marcha

aún más penosa. Venían a caballo o en carretas, bajo la lluvia, soportando las mayores privaciones y las acechanzas de un enemigo implacable. Ahora han acampado allí, sobre la costa, unos al amparo de las lomas, otros bajo los árboles y todos a la inclemencia del tiempo, pero con tanta conformidad y gusto que causa admiración y son ejemplo... Quedaron a la espera de la oportunidad y cuando llegue la hora me darán aviso.

—Y tú, viniste a pie? —le preguntó Bernarda que había aparecido con un toallón de baño bajo el brazo. Tampoco Ernestina daba muestras de mayor alarma. El siguió explicando:

—Me hicieron sitio en una carreta, entre tachos y baúles y hasta llegué alguna vez a descansar, claro que sin cerrar los ojos.

A pesar de la marcada reminiscencia histórica, el relato del general conmovió, al correr de boca en boca, los mismos cimientos de la tranquilidad ciudadana.

Ciento veintidós años después del Exodo —Orientales al Salto volad— el Oficio de Artigas a la Junta del Paraguay resucitaba con carácter de noticia y hacía que no pocos se sintieran en el centro de una gran amenaza. "Las acechanzas de un enemigo implacable...".

ruben kanalenstein

Usted puede verlo por las tardes caminar —él diría habitar, o quizás, trashumar— la franja de pavimento que bordea el césped del Parque, o andar por el sendero de piedras que se interna hasta las hamacas.

Probablemente Ud. ya haya hablado con él, o él lo haya hecho con Ud. amparados o acosados —depende de la avidéz de cada uno— por el gran anonimato que se extiende como la piel de un enorme animal marino sobre cualquier habitante de estos continentes subdesarrollados. Este anonimato absoluto lo cubre, lo protege, durante sus diarias exploraciones del universo, circunscripto por ahora al perímetro gris de Montevideo, pero él reconoce en esa facultad de explorar en silencio, a cubierto de la curiosidad, una circunstancia favorable, un recurso para poetizar, un paréntesis desde el cual protegerse, para mirar, para observar y desdoblarse en poeta y en mirón.

Lo importante de todos modos es que, aún sabiendo su nombre, apreciando todo lo que ha leído —la erudición, según él, puede llegar a constituirse en la mejor defensa contra los escasos 1.59 de estatura, una forma de compensación, y, —esto lo agrego yo—, la más elaborada de las agresiones—, uno no podría adivinar en él a un escritor, y acaso él tampoco sepa identificarse en esa palabra pomposa ("La humildad, esa forma de la soberbia"). El tampoco sabía que era escritor, una noche, cuando lo encontré en el hall de El Galpón, con su entrada en la mano y un amigo al costado, dispuesto a ver "Sopa de pollo". Conversando (es hablante de amor y de vocación; los sonidos le proporcionan un placer adicional al gusto de razonar y de comunicarse: el de armonizar, el de componer música) surgieron algunas cosas comunes: además de la retórica, del placer de contar y de inventar, de armar las frases con dedicación y esmero, fue la alusión a ciertas "hojas" suyas, mantenidas en el desorden y el descuido habituales en quien considera escribir como una forma, una sola, entre todas las posibles, de ser Dios; unas hojas suyas donde se fijó la música, por así decir, buscándose a sí misma y a él.

Mis cinco años de estudio en una academia de piano con una larga profesora que había aprendido su cuello y la languidez de sus ojos y manos en algunas reproducciones de Modigliani, aparecidas en las páginas centrales de "Para Ti", (academia de la cual, tenaces y convencidos, salimos, un jugador de fútbol, una candidata a Miss Uruguay, varios bancarios y esta narradora), me permitieron reconocer en esas hojas abandonadas a mis manos con ese desapego que suelen tener los mejores amantes —esos que abandonan siempre a las mujeres y nunca al amor—, a un buen músico: las páginas sonaban como suele hacerlo la poesía, cuando se alarga de margen a margen, y algunos presuntos entendidos la discuten, porque suponen que la prosa tiene diferente ritmo que la poesía. El sabe que la poesía es siempre, verso o prosa, y que las diferencias son mínimas, ("La prosa debe ser siempre enjuiciadora, además de poesía.")

Creo que escribe así, oyendo músicas interiores, y que para él las palabras son, ante todo, melodía. "Los cuentos ya no deben contar más nada. A lo sumo, mínimas secuencias, esbozos de acciones, fragmentos de gestos. La sugestión debe venir de la atmósfera, de los tonos, del ambiente: ése debe ser el asunto. Dejar que la música de los sonidos corra, que ella diga lo que los cansados contenidos están hartos de repetir." Esta teoría —que en él no es tal, sino ejercicio— surge sola de sus páginas.

Para los ortodoxos, brevemente, la ficha de Ruben Kanalenstein:

Uruguayo, 22 años, Cursa filosofía en el Instituto de Profesores Artigas. Para dirigirse a él, búsquelo al costado de los niños o caminando, —musicándose—, por alguna calle. El le agradecerá que Ud. efectivamente exista.

C. P. R.

Pablo gusta de varios colores: del rojo, del verde, del blanco, del azul. Este es el motivo de su desdicha: si elige uno ofende a sus otras inclinaciones, los otros colores chistan. No sabe con qué color de bolígrafo escribir, qué corbata usar, qué partido político tomar. Se agrava su situación por el hecho de que todo tiene color: las circunstancias, los pensamientos, los sentimientos. Siempre se enfrenta a situaciones verdaderamente trágicas: tener que elegir entre varios colores de los que tiene la certeza que todos son valiosos; decisión que será más trágica o irreparable de aquellas otras en que se trata de discriminar entre los colores horribles.

Un día, estaba de vacaciones, se puso a pensar que cada color imponía un estilo de vida y lo imponía de tal modo que nos exigía participar de él. Si él gustaba de varios colores debería conceder su vida a varios estilos y como entre esos colores hay incompatibilidad, su vida se volvería contradictoria. Terminaría por ser muchos en lugar de uno. Estaría hecho jirones o pronto a estarlo. Porque el rojo le imponía la violencia, el entusiasmo, la emoción y el blanco un silencio henchido de significaciones; en cambio, el verde, la templanza, y el azul, ese azul que le gustaba, la amplitud que también está descrita por la línea horizontal, azul que se oponía a lo que en el blanco hay de vertical, de religioso.

Ese día de ocio empezó a vacilar acerca de sí mismo, a convertirse en su propio problema, ese día perdió el candor. Tiene un misterio el tiempo libre: puede detenernos, inmovilizarnos si lo consumimos en pensar en lugar de cantar. (Hay que tener mucho cuidado con las jornadas sin trabajo).

Quiso comunicar su conflicto, al que llegó a considerar universal, origen de todas las vacilaciones centrales con que está hecha la esencia humana. Porque la esencia del hombre está hecha de vacilaciones. Pablo no encontró más que apretones de manos, algunas risas, exclamaciones de pesar, felicitaciones de intelectuales, encontró todo menos respuestas, soluciones. Quedó triste, no porque esperase demasiado de las soluciones o respuestas, bien sabía él que no cancelan nada,

pero al menos indican y por lo mismo hacen olvidar por un tiempo la imagen aterradora del círculo.

Decidió visitar a un especialista. Un profesor de óptica, un célebre físico, para encontrar al fin una respuesta. El físico le respondió que los colores son ondas y de distinta longitud; se trataba para resolver una situación dramática de medir. ¿Qué color tiene más longitud de onda? Porque para el físico la vida era un cálculo, todo era "conmutativo", idéntico en esencia. Pablo empezó a pensar —mejor, a imaginar, después de haber pensado mucho y agónicamente, la inteligencia es desplazada por la imaginación.

Imaginaba un mundo de ondas, fluctuante, movedido, insustancial. Se empezó a marear como si lo rodease una nada y se dijo: estoy indisponible. Se enfermó, comprobó una vez más que la enfermedad es una decisión. Abandonó al físico, no le hizo más caso a la ciencia porque es demasiado abstracta como para resolver un problema concreto.

Quiso olvidarse de su problema y se dijo: debo hacerme amigo de alguien que no tenga ni remotamente mi problema. Y surgió una idea luminosa en su cerebro (luego se arrepentiría porque se trataba de una idea cerebral): ser amigo de un ciego. Siempre hay un ciego en cada barrio, no le fue difícil encontrarlo. El ciego cultivaba la sonoridad de las palabras, las gustaba por su ritmo, modulación, movimiento. Y disfrutaba cuando alguien le decía al oído o cuando se decía en voz alta: "Salamandra", "Abejorro", "Telepatía". Un día el ciego le confesó que las palabras bellas participan de distinto tipo de belleza, entre ellas inconciliables, que este hecho tan banal dividía su alma. Pablo comprendió que todos los hombres que vibran tienen conciencias divididas. Pablo no volvió a visitar al ciego.

Entretanto, las vacaciones terminaron.

No tuvo tanto tiempo para "cavilidades"; mejor dicho, no tuvo ningún tiempo. El problema de los colores había desaparecido, sólo quedaba un recuerdo de él en las abundantes lágrimas que encontraba cada amanecer al despertarse.

Un rostro multicolor que me habla de vidrios y telarañas, de una vez que se suicidó en las heladas de agosto porque encontraba gravedad y de sus aventuras imaginarias: de la vez que fue viajero, que payaso, del día que se disfrazó de mercader. Y no me atrevo a preguntarle por la bola apagada de cristal en que vi su rostro muerto ni por el vacío de la mirada que me da y me niega. Quisiera recordarle cuando me dijo su nombre y yo imaginé un nombre que era el aleph, todos los nombres y además una piedra triangular. Tampoco me atrevo a recordarle a mi hermano, el que cuenta sus victorias, ni alguien que espero, que es de carne, ni a leerle el mensaje de un niño que en un pueblo fantasma recorre plazas en busca de historias azules o lo que es lo mismo un lenguaje nuevo con que gozar del absoluto de las miradas blancas, un pueblo fantasma donde los muros hablan una lengua dulce y antigua.

Entre bromas —ignorándonos— le he contado mi historia: un continuo desencanto, dos palabras que me quitaban la dicha y el poco de mentira y de piedad que explicaban mis manos estériles. Le confesé que estaba poblado de fantasmas nacidos en un atardecer de porcelana. Y creyó que era él que en mí estaba, creyó —pobre artista— que era él el contenido de mi alma.

Le pregunté sobre libros que se encuentran en el mar pero él me habla de su barca liviana y yo sonrío, excusándome con una sonrisa falsa, sabiendo que la desgracia pudo ser mayor.

Cuando me habla de sus juegos o de lo que escribe siento que me dice "He encontrado tierra entre mis hojas escritas, tierra entre mis dedos, entre mis esperanzas y mis nostalgias pero no era tierra del mundo, del mundo no era, sino de un crepúsculo de la fantasía" y yo le reto: "el olor de los payasos es como el olor de los muertos. El olor de los mercaderes es como el olor de los muertos". Y él me dice: "tú no entiendes". Provincias de un adiós, cansancio o descenso, mil veces fueron. Triunfos de adioses, porque la esperanza misma teme el mañana.

Cuando los hombres piensan mucho se

vuelven arbitrarios como el mundo. Él lo es pero no porque piense mucho, sino porque conoce el montaje de los sueños.

Quizás la atención —la no dispersión— lo pueda ayudar. Pero la atención nos cita en otros lugares que los que él frecuenta. Es curioso que los lugares sean tan significativos, quizás más que los más de los hombres. Es también curioso que yo lo conozca, que haya frecuentado su casa, que me haya familiarizado con sus muebles que lo protegen como madres y que sin embargo siga siendo el mismo, nada más que el roedor de unas pocas significaciones vividas.

En cambio Juan (quizás Juan Pablo) es un hombre común: amo de su sombra. No sueña como nosotros con rodear la luna de imágenes rotas ni con beber a Dios en copas transparentes; le basta trabajar y reposar. Reposa en las caricias, en el rodear el cuerpo de su mujer con sus caprichos inconfesables, en el beso que le da a su hija (que no es un beso sino una bendición: en ese momento no es padre, es sacerdote). Reposa en la intimidad, intimidad que lo acompaña a su trabajo, cuando se encuentra con los otros y asiste. En cambio cuando reposa no está presente sino que se olvida, se anula para nacer de nuevo. La intimidad es su muerte y su nacimiento cada día.

Juan gusta de la música como nosotros, pero es distinto, le trae los rulos y las trenzas de su hija, el color del mundo ese día. Juan gusta también de su trabajo, pero es distinto: a él lo justifica.

A diferencia de nosotros, se vuelve lágrima, a veces serpentina, a veces la madera resistente de un tejado o el viento destructor endemoniado, alguna vez un pájaro y una vez un niño.

Quisiéramos imprimirnos, marcar el mundo. Es nuestra fantasía de omnipotencia. El mundo, nada en él lleva un nombre propio. Marcaremos un banco, dejaremos una huella en la playa, pero nada más. Esto nos diferencia de Juan, una pretensión que hace nacer preguntas incandescentes.

biografía

Se llama Abcd. Se me dirá, no es un nombre sino una abreviatura. Es que todos los nombres que usamos son más bien abreviaturas de palabras que hemos olvidado y las cosas que manejamos son abreviaturas de realidades encantadas.

Abcd es loco y se ocupa en vender apodicticidades ingenuas en la playa. En primavera vende "el todo es mayor que la parte"; en invierno, en cambio, cuando está muy triste "el todo no es mayor que la parte". Su público, comerciantes indiferentes que lo aplauden por compromiso.

Abcd tuvo una vez la oportunidad de abandonar las apodicticidades ingenuas: una vez que encontró una gaviota muerta en la playa, de plumaje muy blanco. Era algo nuevo para él. La tomó, sus manos sintieron algo muy dis-

tinto a lo que sentían usualmente al tomar una hoja del papel o el seno de una prostituta. Recorrió un muelle que se hunde en el mar y la arrojó. Las alas en el mar simulaban un adiós. Olvidó todas sus frases. Recorrió de nuevo el muelle para volver, el muelle era ahora una cabellera de sueños. Tomó un ómnibus, lo dejó en lo de una mujer que había sido su amante, con la que no pudo comunicarse a través de las frases. La tomó entre sus brazos y permanecieron en silencio compartiendo el adiós de la gaviota muerta de plumaje blanco.

Perder las palabras no lo exaltó, tampoco fue un sentimiento depresivo: ni presencia del absoluto ni presencia de la nada. Simplemente todas las palabras lo abandonaron.

el totem

En mi pasado hay un totem que construí con mis manos, junto al río. El rostro que dibujé es el rostro que encontré pocos minutos antes en una piedra de cuarzo y hace cien años en el lomo de un pez espada. No es un rostro desconocido, es el rostro de alguien de mis dieciséis años, cuando lo mejor de lo irreal era habitable. Junto al totem un fuego, junto al fuego claveles del aire. Junto a mí, un hombre de los lugares contándome su vida llena de antiguas historias de tordos, avispas de San Jorge, tarántulas y gallinetas del agua,

de pico verde y ojos rojos. Su historia es una historia contemporánea a mí y a los más antiguos relatos. Su voz parecía perderse en la serenidad del río. Su vida era de otro río, igualmente sereno. Ese día comprendí que valía más un río que el mar.

Todo lo que viví ese domingo de primavera es sencillo. No podía ser escrito de otro modo que con sencillez.

Cuando me asfixia la imagen, reencuentro las cosas en el totem.

samuel beckett

De Samuel Beckett son ampliamente conocidas sus obras teatrales: *Final de partida*, *Días felices*, *Acto sin palabras*, *La última cinta magnética* y, sobre todo, *Esperando a Godot*. También son conocidas, aunque menos, sus novelas *Molloy*, *Malone muere*, *L'innomable*, *Nouvelles et textes pour rien*, y otras, aunque no todas están traducidas.

Escritor irlandés, nacido en Dublín en 1906, Samuel Beckett, es curiosamente un escritor bilingüe, que escribe sus obras en inglés o francés, y que realiza sus propias traducciones. Pero más curioso aún resulta el aparente silencio que rodea su obra como poeta. Basta para comprobarlo pensar que los poemas que aquí presentamos fueron publicados por *Les Temps Modernes* en 1946, para notar la demora con que llegan al conocimiento del público de habla hispana.

Hasta el momento, los poemas de Samuel Beckett, se conocían en forma fragmentaria publicados en distintas páginas literarias y en alguna revista de literatura. La razón es muy simple: el poeta maneja un lenguaje muy complejo donde no faltan términos de difícil interpretación, capaces de terminar con la paciencia de cualquier traductor. Excusándonos por cualquier posible error que el lector encuentre, damos, por primera vez, y a pesar de los riesgos, una versión integral de los poemas 38-39 de este irlandés claramente singular.

poemas 38 - 39

I

elles viennent
autres et pareilles
avec chacune c'est autre et c'est pareil
avec chacune l'absence d'amour est autre
avec chacune l'absence d'amour est pareille

II

à elle l'acte calme
les pores savants le sexe bon enfant
l'attente pas trop lente les regrets pas trop
[longs l'absence
au service de la présence
les quelques haillons d'azur dans la tête les
[points enfin morts du coeur
toute la tardive grâce d'une pluie cessant
au tomber d'une nuit
d'août

à elle vide
lui pur
d'amour

III

être là sans mâchoires sans dents
où s'en va le plaisir de perdre
avec celui à peine inférieur
de gagner
et Roscelin et on attend
adverbe oh petit cadeau
vide vide sinon des loques de chanson
mon père m'a donné un mari
ou en faisant la fleur
qu'elle mouille
tant qu'elle voudra jusqu'à l'élegie
des sabots ferrés encore loin des Halles
ou l'eau de la canaille pestant dans les tuyaux
ou plus rien
qu'elle mouille puisque c'est ainsi
parfasse tout le superflu
et vienne
à la bouche idiote à la main formicante

I

ellas vienen
otras y parecidas
con cada una es distinto y parecido
con cada una la ausencia de amor es otra
con cada una la ausencia de amor es
[parecida

II

de ella el acto calmo
los poros sabios el sexo bonachón
la espera no demasiado lenta los pesares no
[demasiado largos la ausencia
al servicio de la presencia
algunos harapos de azul en la cabeza los pun-
[tos en fin muertos del corazón
toda la tardía gracia de una lluvia cesando
al caer de una noche
de agosto

a ella vacía
él puro
de amor

III

estar allá sin quijadas sin dientes
donde se va el placer de perder
con aquel apenas inferior
de ganar
y Roscelin y uno espera
adverbio oh pequeño regalo
vacío vacío si no unos jirones de canción
mi padre me ha dado un marido
o haciendo la flor
que ella moje
cuanto quiera hasta la elegía
unos cascotes aún lejos de las Halles
o el agua de la canalla echando pestes en los
[caños
o nada más
que ella moje puesto que es así
acabe todo lo superfluo
y venga
a la boca idiota a la mano formicante

au bloc cave à l'oeil qui écoute
de lointains coups de ciseaux argentins

IV

ascensión

à travers la mince cloison
ce jour où un enfant
prodigue à sa façon
rentre dans sa famille
j'entends la voix
elle est émue elle commente
la coupe du monde de football
toujours trop jeune

en meme temps par la fenêtre ouverte
par les airs tout court
sourdement
la houle des fidèles

son sang gicla avec abondance
sur les draps sur les pois de senteur sur son
[mec
de ses doigts dégoûtants il ferma les paupières
sur les grands yeux verts étonnés

elle rode légère
sur ma tombe d'air

V

la mouche

entre la scène et moi
la vitre
vide sauf elle

ventre à terre
sanglée dans ses boyaux noirs
antennes affolées ailes liées
patte crouchues bouche suçant à vide
sabrant l'azur s'écrasant contra l'invisible
sous mon pauce impuisant elle fait chavirer
la mer et le ciel serein

VI

musique de l'indifférence
coeur temps air feu sable
du silence éboulement d'amours
couvre leurs voix et que
je ne m'entende plus
me taire

al oído hundido al ojo que escucha
lejanos golpes de tijeras argentinas

IV

ascension

a través del delgado tabique
ese día en que un niño
pródigo a su manera
volvió a su familia
oigo la voz
está emocionada comenta
la copa del mundo de fútbol,
siempre demasiado joven

al mismo tiempo por la ventana abierta
por los aires todo corre
sordamente
la marejada de los fieles

su sangre salpicó con abundancia
sobre las sábanas sobre las alverjillas sobre su
[matón
con sus dedos repugnantes él cerró los pár-
[pados
sobre los grandes ojos verdes sorprendidos

ella ronda liviana
sobre mi tumba de aire

V

la mosca

entre la escena y yo
el vidrio
vacío salvo ella

vientre a tierra
ceñida en sus tripas negras
antenas enloquecidas alas atadas
patas ganchudas boca succionando al vacío
sableando el azul aplastándose contra lo
[invisible
bajo mi pulgar impotente hace zozobrar
el mar y el cielo sereno

VI

música de la indiferencia
corazón tiempo aire fuego arena
del silencio derrumbe de amores
cubre sus voces y que
yo no me escuche más
callarme

VII

bois seul
 bouffe brûle fornique crève seul comme
 [devant
 les absents sont morts les présents puent
 sors tes yeux détourne-les sur les roseaux
 se taquent-ils ou les aïs
 pas la peine il y a le vent
 et l'état de veille

VIII

ainsi a-t-on beau
 par le beau temps et par le mauvais
 enfermé chez soi enfermé chez eux
 comme si c'était d'hier se rappeler le
 [mammouth
 le dинthérium les premiers baisers
 les périodes glaciaires n'apportant rien de
 [neuf
 la grande chaleur du treizième de leur XX ère
 sur Lisbonne fumante Kant froidement penché
 rêver en générations de chênes et oublier son
 [père
 ses yeux s'il portait la moustache
 s'il était gentil de quoi il est mort
 on n'en est pas moins mangé sans appétit
 par le mauvais temps et par le pire
 enfermé chez soi enfermé chez eux

IX

encore le dernier reflux
 le galet mort
 le demi-tour puis le pas
 vers les vieilles lumières

X

rue de Vaugirard

à mi-hauteur
 je me débraye et béant de candeur
 expose la plaque aux lumières et aux ombres
 puis repars fortifié
 d'un négatif irrécusable

XII

arènes de Lutèce

De là où nous sommes assis plus haut que les
 [gradins

VII

bebe solo
 come arde fornica revienta solo como delante
 los ausentes están muertos los presentes
 [apestan
 saca tus ojos dalos vuelta sobre las cañas
 se impacientan ellos o los perezosos
 no vale la pena está el viento
 y el estado de vigilia

VIII

así en vano
 en el buen tiempo y en el malo
 encerrado en su casa encerrado en casa de
 [ellos
 como si fuera ayer el mamut
 el dinoterio los primeros besos
 los períodos glaciares no aportando nada
 [nuevo
 el gran calor del siglo XX de su era
 sobre Lisboa humeante Kant fríamente
 [inclinado
 soñar en generaciones de robles y olvidar a
 [su padre
 sus ojos si llevaba bigote
 si era gentil de qué murió
 uno por ello no es menos comido sin apetito
 en el mal tiempo y en el peor
 encerrado en su casa encerrado en casa de
 [ellos

IX

aún el último refluo
 el guijarro muerto
 la media vuelta después el paso
 hacia las viejas luces

X

calle de Vaugirard

a media altura
 yo me desconecto y abierto de candor
 expongo la placa a las luces y a las sombras
 luego parto de nuevo fortificado
 por un negativo irrecusable

XII

arenas de Lutecia

De allá donde nosotros estamos sentados más
 [alto que las gradas

je nous vois entrer du côté de la Rue des
 [Arènes,
 hésiter, regarder en l'air, puis pesamment
 venir vers nous à travers le sable sombre,
 de plus en plus laids, aussi laids que les autres,
 mais muets. Un petit chien vert
 entre en courant du côté de la Rue Monge,
 elle s'arrête, elle le suit des yeux,
 il traverse l'arène, il disparaît
 derrière le socle du savant Gabriel de Mor-
 [tillet.
 Elle se retourne, je suis parti, je gravis seul
 les marches rustiques, je touche de ma main
 [gauche
 la rampe rustique, elle est en béton. Elle
 [hésite,
 fait un pas vers la sortie de la Rue Monge,
 [puis me suit.

J'ai un frisson, c'est moi qui me rejoins,
 E'est avec d'autres yeux que maintenant je
 [regarde
 le sable, les flaques d'eau sous la bruine,
 une petite fille traînant derrière elle un
 [cerceau
 un couple, qui sait des amoureux, la main
 [dans la main,
 les gradins vides, les hautes maisons, le ciel
 qui vous éclaire trop tard.
 Je me retourne, je suis étonné
 de trouver là son triste visage.

yo nos veo entrar del lado de la calle de las
 [Arenas,
 dudar, mirar en el aire, luego pesadamente
 venir hacia nosotros a través de la arena
 [oscura
 de más en más feos, tan feos como los otros
 pero mudos. Un pequeño perro verde
 entra corriendo del lado de la calle Monge,
 ella se detiene lo sigue con los ojos,
 él atraviesa la arena, desaparece
 detrás del pedestal del sabio Gabriel de
 [Mortillet.
 Ella se vuelve, yo he partido, trepo solo
 los escalones rústicos, toco con mi mano
 [izquierda
 la rampa rústica, es de hormigón. Ella duda,
 hace un paso hacia la salida de la calle
 [Monge, luego me sigue.

Tengo un estremecimiento, soy yo quien me
 [reencuentro
 es con otros ojos que ahora miro
 la arena, los charcos de agua bajo la llovizna
 una niña arrastrando tras ella un aro,
 una pareja, quién sabe enamorados, la mano
 [en la mano,
 las gradas vacías, las altas casas, el cielo
 que nos ilumina demasiado tarde.
 Me vuelvo estoy asombrado
 de encontrar allá su triste rostro.

helena plaza noblía

Ignoro la razón para que, justamente ahora, empiece a distenderse, sin esfuerzo alguno de mi parte, la empecinada red que había ocultado durante años, casi tantos como los de mi propia vida, el nacimiento de aquello que gravitó siempre, inexorable, aún sobre mis más insignificantes experiencias.

Tenía yo seis años y me había asomado, —recuerdo nítidamente—, a la puerta de una casa que no era la de mis padres, tal vez la de mi abuelo, no sabría precisarlo, cuando pasó a mi lado una apretada fila de hombres vestidos todos de blanco, creo, o quizás el recuerdo se aficiona a ese tono.

El primero de ellos golpeaba briosamente el bombo; los demás sostenían estandartes con enormes letreros que desde luego no supe descifrar. No he sido precoz, puedo afirmarlo. Recién cuando cumplí tres años logré juntar dos sílabas para finalmente articular “mamá”.

Me acerqué en seguida a ellos para colocarme detrás de un perro pequeñito y sin cola que cerraba el desfile. Era rengo y una de las patas traseras se apoyaba en la tierra justo con el batir del bombo. La otra permanecía en el aire. Me distraje cuidando el ritmo de su trote, tanto que no podría explicar cómo ni por dónde llegamos a una plaza para mí desconocida. Dos días apenas que me alojaba en el pueblo con mis padres, y mis exploraciones abarcaban un radio de tres manzanas a lo sumo.

Me ubiqué junto a los músicos. Como la plaza estaba llena y no podía observar mucho, levanté la cabeza y descubrí entonces que desde el campanario de la iglesia bajaba un grueso alambre hacia nosotros. Onduló suavemente y debí bajar mis ojos repetidas veces. El sol brillaba de trecho en trecho y no podía resistir la fuerza de su luz. A nuestro lado apareció un hombrecito rubio de camisilla y pantalones blancos sosteniendo entre las manos una larguísima vara.

Subió por la columna de alambrado hasta llegar a una plataforma pequeña. Movié en seguida sus pies como cuando mi padre llega-

ba a casa con los zapatos mojados por la lluvia, y levantó una nube de polvo que cayó después sobre mis ojos. Luché por largo rato con mi pañuelo y mis lágrimas. Cuando logré abrir los ojos nuevamente, el hombrecito había llegado al campanario. Parecía una cruz que iba avanzando para ubicarse en lo alto. Saltó hacia adentro y con la vara golpeó repetidas veces la campana mientras la muchedumbre gritaba y aplaudía. Al iniciar el descenso lo miré fijamente, sin parpadear. Soltó una de las manos que sostenían la vara, como en alarde de algo que no alcancé a comprender. “Se cae”, —pensé rápidamente—. Cerré los ojos y un grito único de la muchedumbre me hizo abrirlos otra vez. El hombrecito caía velozmente hacia nosotros aferrado con sus manos al alambre. No alcanzó siquiera a rozar la plataforma. Cayó a mis pies y por las palmas y dedos desgarrados asomaban sus huesos. Subió hasta mi nariz un olor como de carne quemada. Después sólo recuerdo la presión de una mano sobre mi frente cada vez que vomitaba junto al árbol.

Es muy curiosa la selección que inevitablemente hace el recuerdo. Hasta hoy no había podido aún relacionar con muy precisa coherencia decenas de circunstancias que señalaron siempre esta suerte de caos, —parecería una burla decir don—, que trae aparejada mi presencia.

Empecé a ejercer conscientemente ese poder recién cuando perdí mi adolescencia. Como ya lo he dicho, nunca fui precoz. A los dieciocho años cursaba todavía secundaria. Tal vez el desnivel de edades, sumado al hecho de que aún siendo mujer fui siempre la más audaz del grupo, hicieran que ejerciese una especie de liderato tácitamente reconocido por todos. Decidí una tarde, contando con el apoyo en pleno de la clase, ignorar que existía un profesor de biología y disponernos a robar naranjas de la quinta de mis tíos ubicada dos cuadras más allá del cementerio.

De regreso nos cruzamos con un entierro. El cortejo, de unas cincuenta personas más o

Helena Plaza Noblía, uruguaya, nacida en Montevideo, es conocida como dibujante a través de muchas ilustraciones realizadas para los programas y filmografías de Cine Club. Hizo crítica cinematográfica en el diario Tribuna, ha colaborado enviando distintas notas al semanario Marcha (desde Río cuando entrevistó a Pereyra Dos Santos, desde Perú al hacer un reportaje a la poeta Raquel Jodorowski), y ha escrito varios cuentos uno de los cuales es éste que aquí publicamos, “Poltergeist”, el nombre de un duende travieso de la mitología alemana.

menos, caminaba afanoso detrás del carro fúnebre. Fingiendo respeto bajamos con hipocresía los ojos mientras saboreábamos restos de las naranjas robadas. Nos dimos vuelta para observar los esfuerzos de la gente tratando de mantener, pese a la empinada cuesta, el mismo ritmo del carruaje. Bajé los párpados y me concentré en los ejes. Un alarido único y la gente tirándose a los costados del camino mientras el cajón se abría paso y bajaba dando brincos. Antes de alcanzar mis pies se detuvo. "Lo hice", —grité sin que nadie comprendiera el motivo.

Entramos a la clase siguiente riendo a carcajadas. Los reproches gritados por el profesor de matemáticas no lograron atenuar el recuerdo de la despavorida fuga del cortejo.

Como soy algo miope y por simple coquetería me resisto a usar lentes, acostumbro, cuando decido ir al teatro, reservar asientos en la primera fila de platea. Mi miopía ha tenido consecuencias irreparables, si bien es cierto para mí esperadas, no así para los otros. En el estreno de un clásico español, cuando al finalizar el primer acto uno de los personajes se inclinaba para reverenciar a su señor, descubrí con regocijo que una porción de su pelo se desplazaba fugazmente hacia un costado. Cerré los ojos y los abrí luego de sentir un ligerísimo chasquido: la peluca del primer actor reposaba sobre mi mano extendida mientras la infamante calvicie desataba entre los espectadores una infernal carcajada.

En el intervalo me deslicé hasta los camarines. Un médico officioso trataba vanamente de calmar al infeliz actor mientras buscaba el inyectable. A la salida, cada espectador recogía el importe de su entrada. Sólo el pudor, nada más que el pudor, impidió que yo también lo hiciera.

Circunstancias menores se iban sumando a diario a las de verdadero peso. No obstante, ninguna de ellas alcanzaba a inquietarme. Era para mí absolutamente normal que entrando a una conferencia ya iniciada el disertante empezase a tartajear hasta volverse afásico. Me retiraba entonces y al atravesar la puerta de salida sentía que aquella pobre voz cobraba vida nuevamente. En el hall principal de la empresa en que trabajé tantos años, un odiado reloj del IBM registraba día a día

las horas de mi forzoso encierro. Si yo marcaba distraídamente mi tarjeta nada extraño solía ocurrir. Empero, una o dos veces al mes miraba con fijeza al aparato y el mecanismo se detenía de inmediato. Se fue tragando así, por mi exclusiva causa, muchos dólares.

Admito haber reído con orgullo cuando apoyaba mi índice sobre conmutadores de pasillos y los dejaba totalmente a oscuras. La duración de las frecuencias de mi risa crecía, comúnmente, en razón directa a la cantidad de pisos que dejaba sin luz. Recuerdo un persistente malestar de estómago que desconcertó a mi médico. Nunca llegó a saber que el día anterior había operado en una flamante construcción de diecinueve pisos.

Si alguna vez un gato negro llegaba a cruzarse en la calle, detenía en seguida su paso, arqueaba el lomo y con la pelambre erizada desaparecía por la esquina más próxima luego de ejecutar una serie de desarticulados corcovos.

Nunca hablé a nadie de estas cosas. Soy por naturaleza sociable y reducirme a la soledad por el simple hecho de una confesión me parecía por demás insensato. La inteligencia no es mi fuerte, —ya lo he dicho—; la sensatez en cambio muy pocas veces me abandona. Un carnaval, no obstante, sufrí por una noche su abandono. Un personaje humorístico, de galera y desmesurada nariz, ocupaba en ese entonces varios centímetros de un popular rotativo. Pensé que colocándome sus ropas podría pasear pública e impunemente aquello.

A media noche la arteria principal por la que se cumplía el desfile estaba totalmente a oscuras, y mi nariz y yo, en medio de una enorme masa humana que emitía airados gritos de mayores y atiplados chillidos de niños. Amén de los ruidosos cabezudos que golpeaban sin tregua sus acartonadas esferas.

La piedad también alguna vez me asalta. Vivíamos en un hermoso barrio de casas con jardines y contratamos, igual que los demás vecinos, al sereno del barrio. Sentí desde mi cama, la primera noche que vigiló mi casa, el ruido de su bastón rozando las rejas una a una. A las once pasaba por primera vez. A las dos regresaba.

Preparaba en ese entonces mi examen de dentaría y acostumbraba a descansar luego de la cena. Al escuchar el ruido que producía el bastón me dirigía hacia el living a estudiar. El sonido que arrancaba desde las rejas

era para mí tan familiar como podían ser los pasos de mi madre trayendo a mi cuarto el desayuno. Decidí una noche observarlo. Nada conocía de él salvo sus ruidos. Me levanté a las once menos cinco y subí a la pequeña torre hexagonal. Le reconocí por el bastón cuando cruzaba la calle rumbo a casa, cubierto por un larguísimo pilot que alguna vez sin duda habría sido blanco. Levantó alegremente su bastón y lo deslizó por las rejas. Cuando mi concentración llegó al máximo noté que el brazo se había detenido entre dos rejas. Supe al día siguiente que no podría retomar su empleo.

El remordimiento tampoco es uno de mis fuertes. Sin embargo, me he reprochado infi-

nitas veces haber subido aquella noche hasta la torre.

Ahora sí me encuentro definitivamente sola. El sol pica muy fuerte sobre mí. También sobre los restos de la escotilla del yate. Hace tres días que aquel pequeño idiota abrió el balón de gas con una mano, al tiempo que sostenía en la otra las luces de bengala que yo misma había encendido a espaldas de su madre. Mi piel huele a quemado. Huele como las manos de aquel hombre que se deslizó hasta mí desde lo alto de la iglesia. Aunque ahora sólo ocupa mi estómago la creciente dimensión de la nada.

selva márquez

Selva Márquez, nació en Montevideo. Publicó "Viejo reloj de cuco", "Dos" y "El gallo que gira" (poesía), obras que obtuvieron el Premio Ministerio Instrucción Pública en los respectivos concursos. Ha escrito cuatro novelas, aún inéditas: "Mañana es domingo", "Gente de más allá", "Los Caray" y "La tía está llamando". Su cuento "Una flor en las dunas" fue seleccionado en un concurso de la revista "Mundo Uruguayo". Otro cuento, "El daimón de la casa López", obtuvo el primer puesto en un concurso de la revista "Asir". Recogemos aquí poemas inéditos escritos en 1950.

rueda

Esta ceremonia petrificada
cansa, en verdad. Ya cansa
su monocorde llanto, su pagada
llorera de lloronas
con taxi interminable,
su exilio sin recuerdos, sin maná, con terneras
sacrificadas y sin aras
y con bestias sumisas...

¡Ah! ¡Cómo cansa!
Alguna vez,
alguna vez en el trapecio, al aire,
alguien también de Ley y número, sacude
su número, y la Ley
que voltean como frutos minados,
demasiado maduros, fofos, de asco.
Alguien suelta en el aire su epitafio
y grita. Cae gritando su relámpago.

La multitud secreta se hincha, espera,
palmas arriba, boca abierta... ¡Tiembla!

Las palabras con claves se despiertan,
pasan de mano en mano:
"¡—En el muro del sur falta una piedra!
Hay una enorme brecha!"

La multitud se pasa la esperanza:

"¡—En el muro del sur hay una grieta
por donde al fin penetrarán las aguas!"
Lo dijo el hombre del trapecio. El hombre
que cayó de lo alto!"

Las palabras ruedan, se desmenuzan,
se hacen papel quemado:
—En el muro del sur habrá algún tajo...
una leve hendidura...
algún rasguño...
nada...

nada... Nada.
La multitud secreta se desmaya
con un largo bostezo de su herida.
Sigue la ceremonia de galones,
reverencias de piedra,
oraciones calcadas.

¡Ah! ¡Mirad que ya cansa!
Mirad que están las uñas afiladas
y los dientes de hambre se hacen lobos!
¡Mirad que cansa!
¡Cansa!

pausa

¡Oh! Tarde inagotable, que mis ojos te lavan
mi boca te sonríe, ¡oh! ¡tarde inagotable!
Hoy estás renaciendo, hoy mis recuerdos
[cavan

en tu entraña madura
prometeica figura
de la entraña inmutable.

Joven quedaste, Sara
sin ángel, que pariste de nuevo
una tarde cerrada como un huevo
con infinita cara
lisa que rota aquí, al abrigo
de todo mal, rotando aquí conmigo
en la lenta cadencia de un vals con Filiberto
tralarán... tralarán... en un desierto
sin sombras, sin espacio, nada más que una
[tarde

que es una pira que arde
y es ceniza a la vez y soy yo misma
cambiando con mi prisma.

Tú, yo, bailes del año treinta
simples sumandos de una cuenta
en el aire sin valor aceptado
empero, ¡qué riqueza, qué caudal sin mercado
posible, qué alegría,
pequeño amor en broma, la ternura
se van sumando y suman con el día
tan viejo, sin hartura
sumando están
y la danza, tralarán... tralarán...

También estaban el bandoneón y el tango
puede ser "Gacho gris", mejor el otro
inaprehensible potro
cuyo golpe de cascós se me acerca y se aleja
en esta tarde vieja
en donde son la misma cosa vuelo y fango.

Estoy contigo,
tarde, música, amigo,
todo una sola cosa con "El Choclo"
tralarán... tralarán...
de pronto la maxixa "Tristezas de caboclo"
tralarán...
¡ay! Qué tarde tan linda con tu mano en mi
[mano,

qué linda primavera en agosto y pampero
en un patio soleado y en un luengo aguacero
(qué importa, ya qué importa el otoño, el
[verano
todo es la misma suma, recuerdo y esperanza
tarde, amigo, tralarán... y la danza...

El amigo lejano
tiene una sola mano que es mi mano,
ojos en la victrola
donde nace la ola
en que bailamos, llueve
desde la misma tarde que se mueve
con un radiante sol, ¡ay! si es febrero
en invierno, qué importa, ya, qué importa
si la vida es tan larga y es tan corta!

soledades

La tarde soledosa
baila en el aire un baile a compás del reloj.
La tarde lisa baila.
El ángel, aquel ángel verde claro
limón ya madurando
agrio de moralina
duerme en cambio. De bruces
duerme.

Los anteojos de mamá espulgan un diario
[viejo.

Con un ronquido, un perro
pone sus vísceras al aire.
Setiembre... ¡Qué bostezo!
¡Qué musiquita en dulce conservada y en

con tapa de hojalata sellada y con membrete!
[tarro
¡Ay!
¡Y no! ¡Y no!
¡Gano mi pan, no mi dejarme estar!

He de mover el aire, que estancado se llena
de extrañas bestezuelas dañinas.
Hay que aventar semillas: las de los almoha-

de las siestas, [dones
las de las amapolas, que se las lleve el viento
hacia la mar amarga, estéril, dura.

¡Hay que quitar los rieles para el tren de
[hojalata
que nos lleva en redondo por paisajes de
[estampas!

¡Ceguemos el aljibe donde la cueva, el
[duende,
el tesoro de piedras preciosas y de sueños
con ecos temblorosos nos llaman!

No me muevo. Ni un ojo nuevo. Nada.
Mamá es un alto muro, pequeñito y lejano.
Oigo sus lentas manos...
Esta tarde es un guante lujoso que me guardo.

resurrecciones

¿Para qué quiero ahora
el "por qué" de una áspera y dura?

¿Qué hago con aquellos gestos rígidos
y con mis manos afiebradas?
¿Dónde entierro el cadáver de mi espanto
y la raya de luz de una ventana
que se entreabrió en la oscura
tarde sin esperanza?

¡Cuántas cosas inútiles nos llenan
el corazón de espinas y de espadas!

Entierro a una mujer todos los días
y resucita siempre, pálida,
retrato desvaído,
silencio entre cadenas,
cintas lacias...
¡Resurrección inútil!
¡Postura siempre igual del mismo drama!

otra más

Otra vez hemos visto
la ciudad adornada con herrajes y plumas
una noche cualquiera con esencia inmutable
otra vez hemos visto.

No vimos más que plumas, hojarasca tendida
abalorios,
papeles.
No vimos ni la llama subiendo hasta los cielos
ni las serpientes debajo, la raíz del andamio.

Las hierbas de una plaza nos tendieron su
[vida
peinadas, de uniforme, nos tendieron su grito
con un temblor que apenas
sintieron los nudillos
de nuestras viejas manos de caminos secretos
con lúbricas palomas atadas con cadenas.
Las hierbas y las llamas nos tendieron su grito
otra noche de paso, perfectamente lisa.

Y las puertas cerradas que gruñen y ame-
[nazan
sólo una luz apenas en alguna ventana,
limón que se ha quedado prendido entre las
[ramas;
y el silbido comiendo el pan de su bolsillo;
y el viento que ha pasado por entre las
[batallas

y ahora dobla una hoja
con dulzura infinita.
Otra noche cualquiera
sin que miremos nada
escuchando tan sólo el plañir de las charcas
y nada más que el sordo
tam-tam de nuestras venas.

miguel padilla

fotodrama reconstruido

foto 1.

un soldado sudvietnamita golpea a un campesino

no la piedad el desoído volcar
de las piernas la unión desasida
de las manos no la voz la palabra
encubriendo la mirada ni el llanto
despegado del cabello sí la muerte

restallando el golpe estrujado abotonada

la tierra abortada de una mano
sólo hueco
sí el abatido trepidar de los árboles

todo tu cuerpo asesino
avasallado sostenido en el temblar

de otro brazo

foto 2.

el soldado dispara sobre el campesino

abrirá tu boca quizás
la metralla o no un pájaro
temporal
posado en el arroz quemado
de tus dientes

medirán tus manos el espacio
de otro cuerpo o no
sólo
el espacio el peso
de tu tiempo tus piernas
se cubrirán de cal o quizás
de pasto no habrás de tu paso
sino el recuerdo simple
momentáneo impracticable y de tu aliento
el gusto
imprecando boca abajo

abierto o destrozado
el largo de tus años olvidará
las manos el tenso movimiento
de los labios
y su distancia
en el quebrar del pasto incorporado
al caer probable de tu cuerpo te será
devuelta así desde
el vientre de tu madre
saldrá tu grito desde tu cuerpo niño
partirá tu muerte
desde tu hijo anciano
volará tu frente

Miguel Padilla, nació en Montevideo en el año 1943. Estudiante de Ciencias Económicas, ha publicado sus poemas en "La Mañana", "Marcha" y "El Popular". Un libro ordena su obra poética: "En el paraíso y después", editado por "Alfa" en 1965. Prepara para su publicación un volumen de cuentos: "La devastación y la resaca", en tanto espera la aparición de "Sobre el filo de los días", libro de poemas escrito en el año 1965.

foto 3.
el soldado sudvienamita se aleja,
queda el cuerpo del campesino asesinado
(soldado)

sonámbula de tí la noche
quiebra el azadón quemado
de tus huesos la terca
certidumbre de tu muerte
y media su luna incorporada
al cuenco
desolado de tus ojos siembra
la piel ojerosa de lo extraño

devuelta tu materia
a su origen
putrefacto al roer de la carne
devastada de la sangre
reseca inconciliable
mancha feroz
se disgrega se incorpora
mientras la tierra
desorden cuña
cava la tumba
de un
devorante cielo

(campesino)

perteneces al vientre de la muerte
es tu voz la boca
supurante de una llaga
y tu ojo
el precio partido de tu tiempo

es tu rostro la sombra
desquiciada de una bala
y tu mano
el cerco occiso de tu lengua

es tu piel la huella
infame de un denuesto
y tu oído
el golpe exacto del silencio

es tu pie tu boca tu mirada
la serpe incandescente
que devora su espalda
la vértebra indecisa
que cuestiona su día
el ademán taimado
que levanta su carga

la estéril semejanza a tu madre
a tu raza a tu hombría

perteneces al vientre de la muerte
y te vomita

cristina peri rossi

Cristina Peri Rossi, nació en Montevideo el 12 de noviembre de 1941. Surgió a las letras nacionales luego de publicar un ensayo —"Ritmo en los poemas de amor de Idea Vilariño"—, en la Revista "Aquí Poesía". Posteriormente publicó un tomo de relatos, "Viviendo", editorial Alfa, en el año 1963. Más tarde, en el apartado número uno de la Revista "Siete poetas hispanoamericanos", publicó un extenso relato "Los amores", y luego el cuento "La derrota de los pájaros", en La Revista de los Viernes de "El Popular". El cuento que aquí publicamos pertenece a la serie que bajo el título "Simulacros", la editorial Latitud Sur, publicará este año.

federico o las muecas

Todo comenzó con el abandono de Carol, mi mujer. No digo que no nos amáramos, sino todo lo contrario. No podíamos vivir el uno sin el otro. En el trabajo aún, yo pensaba siempre en ella, y esa circunstancia me impedía hablar con los demás, puesto que cualquier conversación que yo pudiera sostener me apartaba de mis pensamientos relacionados con ella, y yo no podía soportar esa interrupción.

Ella, en su oficina, también pensaba en mí, lo cual no le impedía maquillarse, ir al tocador, intercambiar el rouge con sus amigas y hablar con ellas de cosas intrascendentes, esas cosas que suelen decirse entre mujeres. Pero siempre pensaba en mí, y yo sabía que hasta sus mínimos movimientos, o acaso aquellos gestos de apariencia insignificante estaban preparados y dedicados para mí, que la amaba. Volvíamos a casa presurosos, ansiando vernos, como le sucede a la gente que se quiere, y ya en nuestro hogar, descansábamos, olvidados del resto del mundo, porque el mundo no existía, ni podía existir para nosotros. Sucedió a veces que nos olvidábamos de comer o de dormir, por estar juntos, o que los objetos desaparecían de nuestro lado, para no ser recuperados más, puesto que tampoco necesitábamos de los objetos para vivir. Esto quizás la preocupara algo, puesto que a veces extrañaba un poco sus peines, las medias de nylon que desaparecían, o los vasos de cristal regalados para la boda que ya no estaban ni en el comedor ni en la cocina.

Al principio (quiero decir durante los dos o tres primeros años de nuestro matrimonio) a veces yo consentía en salir, no muy lejos, hasta un cine o un café próximos, pero ya en ellos nos aburríamos, fuera porque la película nos interesara menos que nuestras propias personas, fuera porque en el café los rostros ajenos eran como vacías macetas, como yerros cementerios, desprovistos de rasgos.

La primera vez que observé que a mi alrededor no existían rostros, (quiero decir lo que tradicionalmente entendíamos por rostros), Carol discutió conmigo. Yo me apené, pues era nuestra primera discusión en dos años de matrimonio. Dije simplemente: "Carol, he no-

tado la desaparición de aquellos hundimientos y protuberancias que solían presentar las cabezas de la gente, de los mozos de café, por ejemplo, y que se parecían tanto a los cráteres de la luna". Ella removió el azúcar del pocillo y suavemente, muy suavemente, me contestó: "Querido Federico, observa bien: aún existen narices". Yo protesté un poco, no muy vigorosamente, porque detesto la violencia, y traté de que comprendiera su error: ¿con qué objeto habrían de persistir las narices, en un momento en que nada era olfateable, debido a la ausencia total de perfumes? Carol insistió: podía advertir aún alguna nariz en el universo, respingada y carente de profundidad, cuyo uso aún no se explicaba.

Esta discusión me afectó más de lo que podía esperarse. Volvimos a casa tomados del brazo, silenciosos, mirándonos a los ojos, y sin quererlo, arrollamos, al caminar, a un pequeño gato que se arrastraba por el suelo. El animalito lanzó un tímido gemido, instantáneo, corto, semejante al sonido de las astillas de los árboles al ser descuajados, y quedó ululando en el suelo, con el espinazo quebrado. Yo me detuve, interesado, al igual que Carol, y nos dedicamos a observar sus vuelas. El animalito, perdido el duro tronco y las ramas que habían sostenido durante un tiempo imprevisible su existencia de lúmpenes y de azoteas, de techos duros estudiados en sus geometrías, como una veleta sacudida por estremecimientos volcánicos o eléctricas descargas, como un naufrago adherido por una sola mano a la girante circunferencia de una rueda, daba vueltas circulares sobre el suelo de flores y de hojas marchitas donde árboles oscuros se habían desataviado.

Giró aún unos instantes ("¿me escuchas?") y vino a tener por la boca un vómito de gajos y de retoños, de pétalos y de esperma, de sombría espuma cruzada de trozos de pescado (fotografía porvenir de los que serían nuestros huéspedes) y murió sin saber lo que nosotros hacíamos.

Quise juntarlo y llevármelo a casa (empero tú recordaste los troncos mojados sobre los que creció un líquen con aspecto de ceniza y la certidumbre de vástagos que habríamos de

abortar), pero tú te opusiste desde tu cristal en lo alto del estrato mayor del aire.

No pensamos que esto pudiera incidir en nuestro destino: estabas acostumbrada a posar en la ventana, a mi lado, mientras los niños luchaban entre sí derrumbando los pájaros de sus techos, y sus indicios, (tú decías "retazos") colgaban de las paredes de las calles, estampando su lacre sanguíneo junto a pedazos de pluma azul descompuestos y a la carne aniquilada.

Si acaso a alguien recordabas (si acaso alguien tenía acceso a nuestros pensamientos o a los zapatos perdidos, al largo de nuestros cuerpos estremecidos como guitarras, "Yo te busco en mis recuerdos de agua y de Pompeya, en mis recuerdos de sangre, en las estaciones donde florecieron cadáveres como niños fermentados, yo te busco en el hombre que cayó —entre seda y traje gris, la cara disuelta por el aire descompuesto y por la sangre, y yo lloré sobre él, poca cosa, la fragilidad de su paso delante de mi ventana") era, naturalmente, el recuerdo de tu madre desaparecida detrás de la geografía oscura de un país similar a una mano y sus huéspedes. De eso aún podíamos hablar. Preguntarnos por ejemplo: ¿persistirá el olor a brea que desprendían sus muslos arcaicos extraído al jadeo desigual del placer? ¿continuará quemando hojas secas durante el otoño, en el aire neblinoso, cerca del Prado, evitando el resplandor sombrío de los autos, larga como un huso, sosteniendo con hilos multicolores su pollera llena de humo, mirando hacia el costado la frondosidad del Prado desde sus lentes convergentes entrelazados como miembros temblorosos?

Pero después también olvidé a tu madre, sus papeles y hojas secas acumulados con tenacidad y persistencia bajo los cordones, su manera de incinerarlos (como con lujuria), la escalera de hierro llena de interminables baldosas negras y sus dibujos de células malignas acechando el zapato pesaroso que se atreviera a deslizarse su estertor sobre ellas.

Entonces me quedé en silencio.

El silencio me subió a la cara como una nube negra. Creo que fue luego que reñimos acerca de las muecas. Sucede que ya no quise ir más a los cafés a beber té con leche, comer el pedazo de torta con frutillas que tú elegías para mí en la vidriera refrigerada, al descubrir un día que la mesa se erguía sobre su altura sin jadeos, sin respiración, sólo sostenida por el ojo que miraba y que nunca cedía en su fijeza. "Te confundes, Federico", —me dijiste. "Hay un esqueleto subterráneo

que mantiene enhiesta la mesa y las cosas, igual que nuestras manos, y todo puede sostenerse cómodamente sobre los suspiros y las muecas ajenas. Ven, ya está, ven a sentarte ahora y observa cómo estalla en el espejo la sonrisa amarilla que te doy". Yo no quise insistir porque soy pacífico, pero cualquier mirada bastaba para comprender que ninguna exploración sería suficiente para demostrar que el mundo existía por algo más que por la fluorescencia azul y roja que inundaba desde el cielo toda la superficie abarcable por los ojos y por las manos, de cuya presencia sólo nos habíamos percatado ella y yo. Además, no estaba convencido acerca de las muecas.

Carol descubría muecas en todas partes, en tanto que yo sólo advertía vacíos, grandes contornos huecos, o mejor, llenos de vacío. Así, cuando alguien se me aproximaba, yo advertía primeramente una forma geométrica de color azul, de color rojo o de color verde, y el resto que avanzaba era un aire persistente provisto de un olor febril o de un olor seco. Esto no podía producirme mayor extrañeza, dado que con las demás cosas del mundo sucedían fenómenos semejantes. Los árboles habían abandonado sus antiguas estructuras para convertirse en deshabitadas muletas sin portador ni recipiente, que colgaban del aire al suelo como los miembros exteriores de hombres desnudos, y las ramas, descolgadas, yacían por el suelo como pequeñas agujas inmóviles. Las mujeres, a su vez, se aproximaban a uno como si se tratara de enormes ampollas provistas de un líquido licuéscente cuya sola visión producía náuseas, y su contacto, era previsible, haría crecer costras y escorpiones en la piel, hasta acabar en la muerte por asfixia.

Así dije a Carol una tarde: "En el día de hoy me he topado con cinco ampollas. Por un momento tuve miedo de perder el equilibrio —yo iba por el lado azul de la calle, evitando el reflejo de la fluorescencia roja que azotaba el aire y las casas, descendiendo por los árboles y los balcones, y una de las ampollas avanzaba sobre la acera, sacudiéndose de aquí para allá como un licor — y pensé que el líquido asqueroso se desprendería del envase y me contaminaría. Entonces, para evitar el contacto, me apresuré por la calzada, golpeé un cubo rojo que avanzaba, me disculpé y me refugié tras un reloj eléctrico".

Carol que fumaba una pequeña brizna de árbol atada con filamentos vegetales a su papel de seda, me acarició la cabeza y respondió: "Mi Federico, ten paciencia. Días vendrán de espumas petrolíferas donde insertar-

nos, gobernando el duro oficio de las sustancias transitivas". Esta frase me tranquilizó algo, de modo que fui a trabajar como todos los días.

En general, ya lo he dicho, no converso mucho. Los cubos y las ampollas me aterrorizan, con sus emanaciones de gases nocivos y pegajosos; sólo Carol parece conservar una estructura similar a la mía y eso nos ha vuelto cada día más unidos. Sin embargo, hace dos tardes, al volver a casa, la encontré vacía. No me refiero a los muebles, puesto que Carol y yo hemos ido prescindiendo de ellos, al considerarlos superfluos; tampoco a los cuadros, que ya no representaban nada, ni los libros, cuyo sentido se había vuelto ininteligible. Era Carol misma que se había ido. En su lugar (es decir, en el borde de la ventana desde el cual solía esperarme, o esperar el final del día, los estertores de la luz, donde escuchaba el ulular de los charcos de agua o contemplaba las redondas formaciones de barro (excreciones de la atmósfera azul y roja), del mismo lado donde ella se apoyaba, (es decir, sobre el mar-

co verde que hacía de bastón), encontré una carta, escrita con letra prolija y medida, donde Carol, mi Carol (claveles, sandalias, depositarios de tristeza, las mariposas tiesas del jardín, azulmarino, mi pequeña Anastasia, Melibea, los plátanos de los senos, la extensión de las manos, las tijeras donde Carol cortaba en tiras idénticas, deshilachaba mi esperanza emperadora) me informaba cuidadosa y detalladamente su partida: "Te quedan en el aire algunos pañuelos secos e irá cayendo sobre ti, sobre la estructura de tu piel, sobre tus ojos escrutadores, una fluorescencia azul y roja, una cotidiana emanación de gases corrompidos, donde te irás sumergiendo, donde irás desapareciendo, perdiendo forma, aspecto, desolación, constancia, abstinencia; y una resignación devastadora, devoradora de todas las ansiedades caerá sobre ti, sobre tu piel, sobre tus ojos, hasta el final".

He roto el papel, sacudido el polvo de la ventana e intentado mover los labios. En esta operación he tenido algún éxito: creo que he formado una "o" perfecta.

latitud sur revista de literatura

agradece:

- a las instituciones teatrales EL GALPON, TEATRO MODERNO, TEATRO CIRCULAR.
- y a los señores: Mario Morgan, Luis Campodónico y Walter Reyno, por su colaboración invaluable para posibilitar la aparición de este número.

latitud sur revista de literatura

publicará próximamente:

- * antología de jules laforgue
- * juicio a bertold brecht
- * cuentos de l. s. garini

portada: andivero